

# Los Villa

*O la historia  
de un amor eólico*



*Jorge Iván Jaramillo Hincapié*



Jorge Iván Jaramillo Hincapié

**Los Villa  
O la historia  
de un amor  
eólico**



Jorge Iván Jaramillo Hincapié

**Los Villa  
O la historia  
de un amor  
eólico**

**Los Villa. O la historia de un amor eólico**  
**Colección Rafue**

© Ediciones Universidad Cooperativa  
de Colombia, noviembre de 2022

© Jorge Iván Jaramillo Hincapié

ISBN (IMPRESO): 978-958-760-399-6

ISBN (PDF): 978-958-760-401-6

ISBN (EPUB): 978-958-760-400-9

DOI: <https://doi.org/10.16925/9789587604009>

**Nota legal**

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio –mecánicos, fotocopias, grabación y otro–, excepto por citas breves en textos académicos, sin la autorización previa y por escrito del Comité Editorial Institucional de la Universidad Cooperativa de Colombia.

**FONDO EDITORIAL**

**Director Nacional Editorial**

Julián Pacheco Martínez

**Especialista en Edición de Libros**

Camilo Moncada Morales

**Especialista en Edición de Revistas Científicas**

Andrés Felipe Andrade Cañón

**Especialista en Gestión Editorial**

Daniel Urquijo Molina

**Analista Editorial**

Claudia Carolina Caicedo Baquero

**PROCESO EDITORIAL**

**Corrección de estilo y lectura de pruebas**

Camilo Moncada Morales

**Diseño y diagramación**

María Paula Berón

**Ilustración de portada**

Fabián Beltrán

**Impresión**

Shopdesign S. A. S.

*Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia*

Jaramillo Hincapié, Jorge Iván, autor

Los Villa. O la historia de un amor eólico / Jorge Iván Jaramillo Hincapié

-- Bogotá : Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, 2022.

120 páginas. -- (Rafue)

Incluye datos biográficos del autor.

ISBN 978-958-760-399-6 (impreso) -- 978-958-760-401-6 (pdf) -  
- 978-958-760-400-9 (e-pub)

1. Novela colombiana - Siglo XXI 2. Vida familiar - Novela

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1104335

*A mi familia, por las prolongadas ausencias...*

*A los habitantes de Riosucio (Caldas), en Colombia,  
por ser el caldo de cultivo para esta ficción...*

# Contenido

- 7** Prólogo
- 11** Primera **parte**
- 51** Segunda **parte**
- 57** Tercera **parte**
- 89** Cuarta **parte**
- 119** Sobre el autor

# Prólogo

•  
¿Cómo contar la historia de una familia? ¿De qué manera reconstruir esas vidas y los hechos que las unen? ¿Es posible narrarlas sin que sean absorbidas por el ojo de un narrador omnisciente o por la pura subjetividad de quien nos cuenta la historia desde su punto de vista? *Los hermanos Karamázov* (Dostoievski), *Anna Karenina* (Tolstoi) y *Cien años de soledad* (García Márquez) son ejemplos del primer caso; relatos en los que un narrador heterodiegético sobrevuela los personajes y sus dramas, y reconstruye para nosotros esa trama dolorosa y triste que es la vida familiar. En esta grandilocuencia, la familia se convierte en un universo cerrado que se distingue y se separa absolutamente de otros. *Matar a un ruiseñor* (Lee), *El guardián entre el centeno* (Salinger) o *La metamorfosis* (Kafka) serían ejemplos del segundo; narraciones contadas desde la perspectiva del personaje principal que, normalmente, coincide con la voz del narrador. En este caso, el lector se enfrenta a ese mundo subjetivo construido a partir de ese protagonista que solo nos deja ver de la historia aquello que le conviene.

Aunque estas formas narrativas podrían parecer contrarias, en realidad nos presentan el relato de la misma manera: solo tenemos una entrada; no accedemos sino a la información que

un narrador nos brinda y desde allí tendremos que reconstruir la historia. Nos convertimos en lectores pasivos que *consumen* los hechos “tal cual nos son presentados”. Sin embargo, hay una tercera vía. Novelas como *Respiración artificial* (Piglia) o *La traición de Rita Hayworth* (Puig) nos proponen otra forma de pensar este tipo de relatos. Ya no se trata de ver por los ojos de un narrador, sino que nos enfrentamos a varios enfoques, a cambios de situación, de perspectiva, de voz, de formato... que hacen que la historia vaya cambiando de tono y color.

En esta obra que nos presenta Jorge Iván, la historia es contada por cuatro narradores en cuatro momentos distintos, cada uno con su estilo y sus limitaciones. Se trata de la presentación de ese evento que llamamos *Los Villa* desde diferentes puntos de vista y contextos. Sin darnos cuenta, esa historia familiar que comienza contada como si se tratara de una transcripción de notas de un diario, se va convirtiendo en la historia de un pueblo, en una historia de viajes, en un intercambio epistolar de una sola vía. El ‘yo’ se va mezclando con el ‘nosotros’ y con el ‘ellos’ hasta hacerse indistinguibles de un simple “hay”, “ocurre”, “ha pasado”. Un rompecabezas en el que lo dicho explícitamente es solo un pretexto para ocultar algo más, algo innombrable... como si “todo sonido estuviera ahí para evidenciar un silencio”, como diría Cage. Y es en ese vacío de sentido en el que entramos nosotros como lectores, a completar la historia, a imaginar qué habrá sido de esos personajes, a jugar

a ser un narrador más dentro del tejido inacabado que es esta novela corta y que nos enfrenta al hecho de que, no importa cómo pretendamos contar algo, la posibilidad de comprensión de un acontecimiento depende de la reconstrucción de los diferentes relatos que genera cada observador, cada actor. Y aún así, el sentido permanece ausente.

*Camilo Moncada Morales*



# Primera **parte**

*Salve, salve placer de la vida Salve, salve sin par carnaval De Riosucio  
la tierra querida Eres timbre de gloria inmortal.*

**E**l olor del cagajón se iba extendiendo por todo el terreno. Además de mis manos, ahora eran mis pies los que con tierra y estiércol de caballo formaban ese amasijo para empañetar las paredes de esterilla y guadua que ya estaban rellenas de tierra. En una semana estaría lista la primera habitación en bahareque donde nos acomodaríamos mis dos hermanas, mi madre y mi padre.

Ya llevábamos un año en casa de Raquel; querían enseñarme a ser valiente, pero lo único que lograron fue instalar el miedo en mi corazón. Mi padre había comprado por una lisonja aquel terreno de invasión donde construiría lo que en adelante sería la casa de los Villa —villa invención.

12

Eran las ocho y treinta de la mañana y ya a esa hora llevábamos un largo trecho de trabajo. Mi madre llegó con el portacomidas en mano y nos convidó a todos. Nos sentamos en medio del terreno a comer los plátanos fritos con pedacitos de carne y café. La dieta no era muy variada. Además, cuando el padre trabajaba en la noche, vigilando los camiones de carga, al día siguiente el desayuno era el mismo menú; de lo contrario, unas veces podían ser frijoles calentados con hogao —un menjunje que consiste en revolver tomate picado con cebolla en las mismas condiciones en una sartén con aceite caliente y sofreír—; otros días serían claras con huevo ni más ni menos que sangre de vaca que, luego de hervirla, se pasa por una sartén con aceite y se mezcla con huevo a fuego lento; o en su defecto, las criadillas de los toros también mezcladas con huevo.

Las partes de la alimentación bovina las obteníamos yendo los martes al matadero central y haciendo una cola de dos horas para que nos dieran de a ollada de sangre por persona y algunas criadillas que nos regalaban los matarifes conocidos. Así que esa mañana tocó patacones, los mismos plátanos fritos, pero aplastados con una piedra contra una tabla de madera de uso culinario, y luego sofreídos; todo esto mezclado con el olor a cagajón, a tierra húmeda y la grata compañía de mi familia.

En dos semanas estuvo la primera construcción, no una sola habitación, sino dos. En la primera se acomodaron mis padres y en la siguiente mis dos hermanas y yo. Hasta ese momento, las pertenencias no pasaban de ser tres mudas de ropa, un par de zapatos cada uno, un poco de hambre, necesidades varias y una radiola en la que mi madre escuchaba a las diez de la mañana la radionovela donde la muchacha del servicio se enamoraba del patrón. Al mediodía “Éste es su caso” o “Mujeres, casos de la vida real”. En la tarde, a las cinco en punto, cita obligada para todos: sentarnos en los taburetes de piel de vaca a escuchar cada capítulo de “Kalimán y su inseparable amigo, Solín”: *paciencia, mucha paciencia, mi querido Solín*.

En esa época la municipalidad construía para ese sector de invasión un alcantarillado con grandes tubos de cemento. Con sigilo, a las tres de la mañana, mi padre, uno de los vecinos y yo (doce años ya cumplidos) trajimos a las órdenes de mi padre uno de aquellos cilindros rodando hasta la casa. De ahí en adelante este se utilizó como depósito de agua, para lavar, hacer de comer, bañarnos al aire libre —porque hasta ese momento no se había

construido nada parecido a una ducha— y, de paso, proveer el agua para la continuación de la construcción. El paso a seguir fue hacer un sanitario a la usanza antigua: en un sector del terreno contiguo a la casa se abrió un profundo pozo y, en la parte de arriba, se puso lo que llamaban “el trono”, una especie de silla ahuecada con caída libre hacia aquel foso; todo esto rodeado de varias tablas de madera para no hacer las necesidades fisiológicas al aire libre. Concluidos estos oficios estuvo lista la letrina.

Un año, más o menos, transcurrió en esos quehaceres. Yo inicié el secundario, mi hermana menor culminaba la escuela, la mayor me llevaba dos años en el colegio Nacional los Fundadores. Nos iba medianamente bien. La mayor ocupaba los primeros lugares mientras yo me conformaba con los segundos y la pequeña pasaba sin pena ni gloria (por todas las razones, además era una niña muy desabrida y poco femenina). En ese tiempo ejercí oficios varios para que entrara algo más de dinero a la casa y complementar con lo que ganaba mi padre cuidando camiones. Vendí chance, lotería, cargué mercados los miércoles y sábado a la gente pudiente, vendí fruta en los autobuses que pasaban por la esquina principal del pueblo y trabajé algunos sábados en el granero “La Avenida”, donde el gordo Ramírez. También le hice mandados a la “Mona Amanda”, la señora que tenía una miscelánea o cacharrería que ni ella misma sabía qué tenía en ese maremágnum de cosas que pendían del techo, paredes y demás. Una señora más tacaña y de un genio de los mil demonios. Lo tacaña y medio mala gente se lo cobraron: la encontraron un sábado en la mañana muerta en su casa, sola y en medio de sus desvaídas pertenencias. Nunca se supo de

qué murió, ni quién lo hizo. Era tal el poco aprecio que se le tenía que ni de esto se preocuparon las autoridades.

Después de transcurrido el primer año se instalaron nuevos vecinos: la señora Lucy con cuatro hijos (cada uno de un padre diferente), el señor Nando, su esposa y Chula (una perrita más querida y cuidada que un hijo). En casa empezaron a notarse pequeños cambios. Mi padre empezó a traer nuevos materiales de construcción; esta vez, bloques de cemento en vez de cagajón, ahora la mezcla de cemento y arena para ir cambiando las paredes y construirlas en adobe. Pasamos de un trono a un sanitario real con tanque, se construyó la cocina, el lavadero con techo de zinc, llegó el primer televisor, en el que continuamos viendo “La Fiera”, una telenovela mexicana que protagonizaban Victoria Rufo y Eduardo Capetillo. Antes íbamos a casa de los vecinos y nos parábamos en las ventanas a ver los capítulos correspondientes, a las ocho de la noche. En algunas ocasiones llevábamos bancos porque nos cansábamos ahí parados. Mi madre, en cambio, entraba a la casa de las vecinas y veía la novela con ellas.

La llegada de la televisión a casa me produjo una profunda tristeza, pues ya la radio pasaría a un inmerecido segundo plano y ya no nos juntaríamos todos a las cinco de la tarde a comer y escuchar Kalimán por la Radiodifusora Nacional. Ahora llegaría era Mazinger Z, los Thundercats, Centella, He-Man, She-Ra, José Miel —con el cual llorábamos horas enteras mi madre y mis hermanas sin que mi padre nos viera— y Tom Sawyer —las aventuras de él y su amigo que vivía en un árbol—. Desde ahí mis hermanas siempre me llamaron Tom.

Pasado un año más, mi padre inició ciertos empeños microempresariales. No teníamos ni la más mínima idea de dónde sacaba el nuevo dinero, pero todos sus empeños eran un fracaso y gracias a esto tuve que renunciar a todo tipo de trabajo fuera de casa. Mi estudio, ese sí que no lo abandonaba por nada del mundo.

El cielorraso de la habitación, que compartía con mis hermanas, estaba empezando a ser carcomido por ciertas diminutas polillas y ya se estaba empezando a notar en las tablas de madeflex. En eso estaba mientras, a su vez, pensaba en los Buendía, pues para esa época iba por la mitad del libro (en un cuaderno doble raya —con carátula de un paisaje japonés donde se veían unas casitas con el techo de punta, una montaña cubierta de pinares y un macizo de bambú exhibiendo sus hojas amarillentas— tomaba nota de toda la ralea de la familia macondiana para no perderme. Hice un árbol genealógico. Qué digo árbol; un bosque genealógico, porque me dio para la mitad de un cuaderno de cien hojas. En esas estaba cuando mi padre abrió la puerta de par en par y se empezó a escuchar el sonido onomatopéyico de un buen número de cerdos; según él, ahora adobaría “todo” con la cría de los porcinos. Desde ese mismo momento los odié, incluso más que a las serpientes. De ahí en adelante cuando él se levantaba tipo una de la tarde —pues había trabajado toda la noche y yo ya había llegado del colegio—, me hacía acompañarlo donde los Gómez por el suero que le recuperaban luego de hacer los quesos para la venta. Al restaurante “El paisa” por la aguamasa (era un completo revuelto de sobras de los clientes, restos de la cocina y comida que no se vendía) en unos recipientes amarillos (los que

también odié al igual que a los porcinos), los llenaban hasta el tope y nos tocaba llevarlos a pie hasta la casa. Me obligaba a cargarlos, no me dejaba jugar a las canicas con mis amigos de barrio y ahora el tiempo para la lectura estaba recortado. De tanto limpiar las dichosas cocheras del estiércol de los cuadrúpedos esos, mi madre sufría de fuertes dolores de espalda, hasta que tuvo que ser internada durante dos días. En ese momento mi padre vendió los hocicones y calmó su iniciativa.

Mi madre se recuperó de su dolencia, aunque le quedó totalmente prohibido lavar ropa, planchar, barrer o trapear; de ahora en adelante tendría que contar con alguien que asumiera esas funciones domésticas. Todo se resolvió: mi hermana mayor asumiría las dos primeras funciones, la menor y yo haríamos lo otro. La preparación de la alimentación correría por cuenta de mi madre y mi hermana mayor, pero no sería por mucho tiempo.

En esas transcurrían los días cuando se aparece el padre de nuevo llenando el marco de la puerta de casa con una sonrisa enorme, de tarde, aire descomplicado, como si una ilusión aconteciera en su interior. Dos enormes cajas pendían de cada una de sus ásperas manos. Esta vez traía parejas de conejos; dedicaría su tiempo libre, el que le quedaba de “lo otro”, a criar estos animales porque ahora estaba de moda usarlos como plato de mesa. En un santiamén se llenó de jaulas el patio delantero, que parecía haberse convertido en un espectáculo circense. Por momentos no se sabía si había más conejos por ahí saltando o vecinos contemplándolos.

Esta nueva intención fracasó por el accidente de mi hermana mayor en el colegio cuando jugaba voleibol. Al ser empujada contra la red, ésta la devolvió lanzándola contra el suelo de cemento y perdió el conocimiento de inmediato. En el hospital “San Juan de Dios”, le dieron unos sedantes para el dolor de cabeza y le mandaron a hacer un encefalograma en el transcurso de la semana. A la hora de llegar a casa, se estaba dando golpes contra la pared, sus ojos estaban desorbitados y su azul belleza completamente perdida. Le hablábamos y no nos respondía, hasta que el padre la tomó de los brazos y la sentó en una silla, mientras llegaba el servicio de taxi que la llevó de nuevo al hospital. Esta vez yo fui el único que lo acompañó. En todo el recorrido ella miraba por la ventanilla, lloraba y arrugaba su frente; su mirada estaba perdida y era como si cada pensamiento lo instalara, uno a uno, en las plantas que el auto iba dejando detrás. Sus sollozos eran de pérdida, de destrozo, laceraban con medio escucharlos. El taxista ya tenía los ojos vidriosos. Mi padre lloraba en silencio; las lágrimas le rodaban por sus tostadas mejillas rosa y yo me hacía mil interrogantes. Para ese momento, en su frente se dibujaron dos moretones de los golpes que se dio contra la pared y esa sonrisa que antes me dirigía ahora me daba una lectura de desamor. Su dolor era tan fuerte que no alcanzaba a ver en ella ni la más mínima muestra de cariño. Fue la última vez que vi su rostro amargo.

La remitieron para una clínica especializada en Manizales, pero el padre, al recordar que tenía su familia y unos “contactos” en Medellín, prefirió llevarla de inmediato a la clínica *Soma*, en

la esquina más bulliciosa de toda la ciudad. Mi padre se fue en la ambulancia del hospital con mi hermana en estado inconsciente, una enfermera, el conductor y mi madre en la parte delantera. Mi otra hermana y yo íbamos detrás de la ambulancia con un taxista amigo, quien nos acompañó durante todo el *impasse*.

Llegó a la sala de espera un médico con cara de saber mucho tratando de disimular las dificultades que se presentaban con la paciente. Llamó a mi padre que estaba en la sala contigua charlando con sus “contactos” y le dijo: “el cuadro clínico es complicado, presenta un tumor entre el cerebro y el cerebelo, con todas las posibilidades de que sea maligno y cancerígeno. Tenemos que intervenir”. Mi padre agachó la mirada, nos juntamos a él y el médico le extendió unos documentos que debía firmar para autorizar los procedimientos de la clínica.

En ese momento fijé la mirada en un cuadro que estaba en la sala: unas aves cayendo al mar en una estrepitosa entrada en contacto con el agua; explosión de color, de luz, de dolor, de ardor. Me sentí un ave de esas ingresando en un mar denso. Ahí, frente al cuadro del pintor Obregón, se deslizó una tímida lágrima y me dio por tararear una canción, una canción de dolor, de desolación, de olvido. Ese preciso día, ahí en ese edificio rodeado de vendedores ambulantes, de calor de mediodía, de aparatoso tránsito en la Avenida Oriental, la amiga amada muerte inauguró su entrada triunfal en nuestra familia.

De ahí en adelante sería nuestra fiel compañera. En las horas de desazón se sentaría pacientemente a nuestro lado y nos acogería con su manto de desesperanza, de olvido, de desamor. Sentí un

deseo enorme de salir del edificio, de echar a correr, olvidar que era mi sangre la que dentro se derramaba y entre confundido y excitado me dirigí al baño. Vomité hasta llorar a cántaros y luego me encerré en el sanitario. Por momentos lloraba y otros tocaba mi sexo hasta llegar a una erección, que como todas las que tenía no llegaban a final feliz. Me gustaba lo que pasaba al acariciar mi sexo, pero aún no había tenido la oportunidad de leer el manual completo de masturbación y la advertencia de mi padre también hacía mella en mí: *a los que se masturban mucho les sale un pelo largo y negro en el centro de la mano derecha*. Pero lo que mi padre no sabía era que yo me masturbaba con la mano izquierda. De ahí en adelante las noticias de muerte me producían la misma sensación y hacían que me abandonara a la contemplación de mi dolor a través de la excitación.

20

Más o menos elaborado el duelo, con la presencia del luto riguroso de mi madre (la verdad había días en que mi vieja semejava un pasivo e inquieto cuervo), hubo un nuevo periodo de mal genio de mi padre y su decisión de concentrarse en sus “negocios”. Mi hermana menor y yo nos asimos como tabla de salvación. Se notaba el espacio vacío. Tomamos una a una las pertenencias de mi hermana mayor y las guardamos en un baúl rodeadas de bolitas de naftalina. Ahora éramos los únicos ocupantes de la habitación. De ahí en adelante, cada uno tuvo su propia cama, pero eso no aminoraba la ausencia, el vacío, el faltante. Algunas lágrimas se nos escapaban cuando veíamos la foto que teníamos en la única mesita de noche. Aparecíamos los tres, parados de mayor a menor, y sonreíamos con un aire de despreocupación. Ella tenía su vestido

favorito de pequeña que le había regalado la madre de mi mamá, quien además de ser la abuela era su madrina de bautizo y de primera comunión. Ahora nos quedábamos hasta la madrugada, hablando, leyendo, reconociéndonos, entrando más el uno en el otro, aproximándonos; en el fondo, iniciando un viaje sin retorno, todo en el más íntimo secreto.

Nos llevábamos dos años de diferencia, así que mi hermana menor alcanzaba los trece con una plausible delgadez, con cada una de sus piezas corporales muy bien ubicadas, como dirían: la carne bien distribuida. Toda la estantería en su punto, ni más ni menos, todo ello lo acogía debajo de unos pantalones y blusas demasiado amplias que no dejaban ver su figura ni su languidez extremadamente hermosa (los habitantes de casa éramos los únicos que la habíamos podido apreciar). Mientras, en mi rostro se hacía presente algo de acné juvenil, puntitos que contrastaban con la presencia de un sinnúmero de pecas en medio de mis ojos claros (desde ese entonces me tuve que empezar a cuidar mi alimentación por la propensión a engordar).

Al reencontrarnos, todo motivado con la desaparición temprana de Sofía, nuestras almas se juntaron para reconocer en nosotros el dúo que formábamos (una gran pareja, a decir verdad).

Lo primero que empecé a sentir fue una sutil feminidad. Hasta ese momento solo había llevado pantalones y nada de insinuaciones ni intenciones novieras. Ahora, dos veces a la semana vestía de falda. Escogía los días y era muy minuciosa; se demoraba buen tiempo en repetir prenda. Dejaba ver sus dos bronceadas piernas (era un color que siempre llevaba encima, a pesar de su blancura;